

# Distracción, deuda y deber

(breve apunte de tecno-genealogía de la moral)

Agustín J. Valle

La viabilidad de las tendencias políticas arraiga en sustratos más profundos; o bien, más superficiales. La ciudad puede ser vista como campo de gestualidades masivas, territorio de espontaneísmos actitudinales que van mutando. Y en aquello que, en la fisionomía urbana, se hace carne normal, se deja leer un mapa de los parámetros de lo deseable y lo tolerable, que es el mapa de las grandes operaciones políticas. La gigantesca maquinaria del endeudamiento, por ejemplo, es inseparable de la eficacia de los dispositivos de dis-tracción permanente. El cuerpo mediatizado se revela inscripto en la genealogía moral de la deuda.

1- Cualquier movimiento nos revela, percibió Montaigne. No se trata de que cualquier parte nos revela -idea más cercana a lo que fascinaba a Borges del pensamiento cabalista, en una coma de la creación hay igual cantidad de información que en cuatro páginas-. Lo que nos revela no es cualquier parte, sino cualquier movimiento. Lo fijo es menos indicativo, porque tiene menos actualizado su fundamento. Puede simplemente haber quedado fijo, y mantenerse mientras dura la eficacia de una acción vieja, que marcha, empero, a su ocaso (que esté de pie no significa que esté vivo...). En cambio, al movernos, revelamos de lo que estamos hechos, lo que está vivo en nosotros (esto es sabido también en el arte militar). Un parpadeo ofrece, implicado, un modo de hablar, de sentir, de acompañar. Un rechazo despejante en su partido debut permite vislumbrar el perfil de la carrera completa de un futbolista... Una forma de bailar permite adivinar una política de gobierno.

Cualquier movimiento nos revela; pero más aún: si asumimos que cualquier movimiento, cualquier rasgo, cualquier modo de operar, es un modo de ser en el entorno, situado, o mejor, parte del entorno, entendemos lo que vio Charles Darwin en los movimientos evolutivos de la vida: toda variación tiene cifrado al entorno. Toda forma que se hace carne, toda línea de modo de vida, todo rasgo operatorio nuevo, es un mapa de su circunstancia. La forma de cada orquídea corresponde a la de un determinado insecto; y fue la luz -de colores rechoncha- la que impactó primero en un rostro de piel plano y, clamando ser vista, le cinceló los ojos (cito de memoria líneas de El entramado, de Christian Ferrer).

Todo movimiento de una ciudad revela la subjetividad de la vida que lo habita.

Y si a la historia le disgustan las fechas y acontecimientos rimbombantes -nuevamente Borges-, es también porque los grandes aglutinadores de atención, los grandes centros de lo unánimemente perceptible, indican mucho de lo que ya había. Los grandes acontecimientos informan sobre los códigos de lo perceptible, y el régimen de atribución de valor establecido. Tienen menos información nueva que un acontecimiento que, de modo más disimulado, o desapercibido, cifra información de la tendencia del entorno. El ejemplo de -nuevamente- Ferrer es la introducción del alambrado en la fertilidad argentina decimonónica. Pasó desapercibido como suceso en las noticias; pero tecnificó el régimen de privación que está en la médula del orden político.

2- Siglo y medio después de los primeros alambrados que cortan la anchura de la pampa impidiendo el sentido de la libre circulación, se dio a conocer, en la ciudad de Buenos Aires, un hecho que también concierne al tránsito. Un nuevo tipo de semáforo ha sido incorporado en la ciudad. Mantiene el código lumínico, cromático, de nuestro semáforo habitual: rojo es

frenar, verde es avance y amarillo es acelerar. Pero nuestro viejo semáforo es eminentemente un poste. Una elevación sobre el terreno, que se aleja del piso y de los cuerpos que lo pueblan; una luz alta que puede ser visible por todos y obstruida por nadie.

Allá arriba, el semáforo empezó a sentirse solo. Mucha atención ya no se le da. La gente anda ocupada. No tiene tiempo de mirar para arriba; al frente tampoco siquiera. La atención es un bien escaso. Y un botín económico, por lo demás; la ciudad es un campo de guerra por la atención. Solo que cualquiera puede caminar solito a su propia muerte. Por eso este semáforo, salvador de los distraídos.

El nuevo semáforo está en la esquina de Libertador y Ramos Mejía, en Retiro: puerta de la ciudad. Ese punto es a la vez centro y puerta (se sabe que las puertas de Buenos Aires no son solo sus bordes, sino también, y acaso sobre todo, las estaciones de los grandes medios de transporte que, trayendo y llevando millones de personas por día, desmienten los bordes...). Por esta esquina pasa gente en un conjunto tan grande y tan amplio que sería necio establecer un recorte, o tipificación sociológica. Allí se ve la ciudad, al urbanita que somos: un bicho que avanza, se desplaza, tolera altos enjambres, mantiene su ruta individual. La noticia es que avanza y se desplaza cabizbajo. Como el musulmán de Primo Levi (los cuerpos que, en el campo de concentración nazi, estaban aún vivos, incluso de pie, pero psíquicamente rendidos, o mejor, desubjetivados, reducidos a su condición biológica elemental, pura vida desnuda), pero diferente.



Cabizbajos, ocupados, apurados. Así es que el nuevo semáforo está en el piso: es un dispositivo de luces empotradas en el suelo. Se asume que los peatones vienen por la vereda mirando el celular y cruzan la calle mirando el celular. Sin reparar no sólo en el semáforo elevado al frente, sino ni siquiera en los bóhdidos mortales. Pero se espera que registren estas alertas luminosas del suelo. Por un lado, porque somos seres eminentemente fotosensibles, entrenados en detectar y responder a lucecitas (esto lo señala Paul Virilio); por otro, porque el estado de conversación permanente, que recubre la ciudad como una nube fatigosa, hace olvidar muchas cosas pero no que el piso está lleno de mierda y pozos.

La atención está no disponible; el estado común y normal de la gente es una distracción radical respecto de su entorno físico. Existir es estar conectado a una virtualidad. "Virtualidad real", como aclara Maurizio Lazzarato. La desconexión, desligarse del requerimiento receptivo y emisor constante de la nube conversacional, descansar del terrorífico entretenimiento permanente, es una operación que podría salvar la vida, por prestar mayor atención al emplazamiento físico, pero tiende a no realizarse. Porque en la desconexión amenaza la desexistencia. Adiós, chau, no existís. Fuiste.

Existir es estar conectado. Por eso la conexión es compulsiva. Un régimen de atracón permanente que, también, alimenta industrias de desconexión terapéutica, como purga descompresora para seguir. Lo que este nuevo semáforo sintomatiza es la insensibilización de sensores elementales del cuerpo en tanto habitante de un entorno corpóreo.

Un muerto que cruzaba mirando el celu y no vio al auto que venía (conducido por alguien que miraba el celu) es algo muy fácil de imaginar: está todo ahí. Todo dado para que suceda. Probablemente ya sucedió, probablemente esté sucediendo. Sería -como otros diversos- un cadáver-testimonio del modo de vida que nuestra civilización se dio. Sería un cadáver que diría mucho sobre nuestro modo de vida. Sobre la conformación operacional que es nuestra subjetividad. Una vida que puede no percibir tres toneladas avanzando a 60 km/h contra su cuerpo; un cuerpo dis-traccionado, mediatizado en la ciudad.

3- En Argentina se padece agudamente un problema global: la deuda. Según Lazaratto, el endeudamiento es uno de los dispositivos de sujeción más importantes del capitalismo tardío. La deuda no es solo un asunto económico. Es también un elemento político: ordena, sujeta, limita. Reproduce las relaciones de poder.

Pero no se trata de una técnica que se limita a la sujeción de un pobre y bello sujeto victimizado. No, porque la deuda produce, participa de la producción de un tipo de sujeto. Si no pensamos esto nos perdemos una parte del problema de la deuda como dimensión constitutiva de los modos de vida contemporáneos, que es lo deseable que tiene endeudarse.

Estar -ser- endeudado es un modo de tener cierta consistencia subjetiva, de hacerse una vida. Es una oferta de existencia al fin y al cabo. Que, además de los usos del dinero efectivo (arreglar la casa, comprarse ropa...), es una forma también de salvarnos de la insondable inexistencia de la desconexión. Recibimos crédito, alguien nos cree, nuestra existencia es creída. Debo, luego existo.

***“Todo movimiento de una ciudad revela la  
subjetividad de la vida que lo habita”***

Y sin embargo -aunque la deuda sí embarga...-, la buena fe progresista no logra entender cómo se tolera la deuda. “¿Cómo puede ser que nos endeudemos como país en cien mil millones de dólares en un año y la gente no lo sienta como algo importante, siga viviendo su vida como si fuera normal y no salgamos todos a prender fuego la Casa Rosada?”. Más o menos así se formula la incomprensión progresista del carácter constitutivo de la deuda en la subjetividad contemporánea.

¿Cómo es posible que nos endeudemos en cien mil millones de dólares y nadie reaccione? ¿Cómo es posible que los cuerpos toleren el endeudamiento como algo normal y natural? Pues habría que responder con una risa, una carcajada oscura, y contestar señalando que la pregunta busca interpelar a cuerpos/vidas que son capaces de morir atropelladas por un auto al que no vieron -ni escucharon ni presintieron- porque venían muy distraídos mirando el celular... Cuerpos enajenados, insensibilizados a tal punto de poder morir de semejante manera (¡y sin hablar de la atención al celular mientras se manejan los autos!), y querés que salten por la deuda...

Esos peatones distraídos en la incesante emisión y recepción de mensajes, esos peatones de existencia conectiva, efectivamente, son los cuerpos endeudados.

Son los cuerpos preparados durante siglos para vivir la vida como un medio para otra cosa. Las tecnologías de acción a distancia, denominadas “de inmediatez”, catalizan la tendencia y posibilidad de a-tender siempre a lo mediato. Y la deuda, que somete a la vida a ser un medio para otra cosa -su pago, su “honra”- es tolerable, justamente, porque encarna en vidas ya mediatizadas -a la vez que, claro, la deuda potencia la mediatización.

La deuda, entonces, no solo es un artefacto de gubernamentalidad, como insiste Lazzarato. La deuda tiene una profunda raigambre moral.

La condición deudora forma parte de la genealogía de la moral.

La naturalización de la deuda es inconcebible sin la pasmosa historia del deber.

La deuda mediatiza la vida, la convierte en un medio para otra cosa; la deuda es un vector de mediatización, tracciona la vida hacia algo exterior al presente. Por eso el capital financiero “es una invasión del futuro en el presente”, como dice Don De Lillo en su novela *Cosmópolis*. El deber atenta contra la soberanía de sí del presente. El deber dis-trae.

Y está naturalizada, la deuda, porque es normal: es el deber.

Ya desde la escuela se instalan los deberes. La escuela fue una institución encargada de instalar en el cuerpo la noción práctica de que tiene deberes, de que debe, de que está endeudado, incluso afuera de la jornada propiamente productiva; de que los deberes se llevan en el cuerpo. Los deberes, en los que la escuela nos entrenó, estaban diseñados para ser algo introyectado por el cuerpo. Solo tienen sentido, los deberes, como algo internalizado por el cuerpo. Sirven para eso, para que el cuerpo aprenda que lleva la deuda en su interior. No son una simple responsabilidad; son una deuda. En este sentido la escuela fue, de las viejas instituciones de encierro, la más sofisticada y preparatoria del control a cielo abierto. Porque si el Padre introducían la marca de la Ley, la escuela no solo ordenaba al cuerpo (en vistas al futuro, como veremos), no solo lo disciplinaba para su funcionamiento como pieza de la maquinaria institucional, sino que acostumbró a los cuerpos a ser portadores de deberes, a deber, a estar en deuda siempre, también al aire libre.

La deuda, entonces, es posible porque hace carne en vidas mediatizadas. Y recíprocamente. La economía es un ordenador político; el trabajo, por ejemplo, tiene una función política: ordena la vida y las fuerzas sociales. La deuda se revela así como un dispositivo que participa de planos múltiples: es una técnica de valorización del capital y maximización de ganancias de los capitalistas; es un dispositivo de economía política que sujeta a las poblaciones a su pago -vivir pagando, morir.

*Debiendo-, y es una forma moderna de la moral del deber.*